

del año hasta el punto de espolearle y conducirlo hacia unos cambios sustanciales en su vida. A partir de febrero de 1784 iniciará con éxito sus propios conciertos por suscripción, en busca de los ingresos que estabilicen su maltrecha economía, y buscará la mejora de sus relaciones sociales en torno a personas que puedan ayudarlo y favorecerle.

1784 fue para Mozart el año en el que se inicia su etapa más exitosa como resultado de la fe en sí mismo y del entusiasmo que imprimió a su actividad musical para salir adelante. Pero esta actividad tiene un soporte social al que no es ajeno el camino hacia la Masonería, en la que ingresará en el otoño, a la cual va llegando Mozart conducido por las simpatías que le habían despertado tiempos atrás las ideas iluministas que le infundieron algunos amigos y su contacto en Viena con algunos potentados de ideas progresistas y admiradores del arte musical. Lo cierto es que, cuando en febrero de 1784 compone Mozart su concierto para piano N° 14, adopta para él una tonalidad en la que insiste en esos momentos: Mi bemol mayor, tonalidad simbólica y emblemática para los masones. En ella ha concluido también en esos primeros días del año su "Concierto para trompa n° 3" (K 447), su "Cuarteto de cuerdas n° 16" (K 428), y en ella concluirá en el mes de marzo su "Quinteto para piano e instrumentos de viento" (K 452).

El "Concierto para piano y orquesta n° 14", del que se sentía sumamente satisfecho mientras lo componía, rezuma la ilusión que sentía el compositor en vísperas de lanzar la serie de academias por suscripción de las que tan buenos resultados obtuvo. Las cartas a su padre denotan entonces una gran confianza en sí mismo, así como la euforia de quien se siente con fuerzas y ve por fin una luz clara en el camino de su vida. Y esto le arrastra a afrontar una mayor audacia en su arte, a romper cualquier vestigio de sumisión a los academicismos heredados, algo que desde la perspectiva histórica de los oyentes actuales no es tan fácil de detectar sin conocer bien su producción anterior. Busca una audacia comunicativa, quiere cautivar a su público. Y lo consigue. Vivirá entonces momentos de éxito que le auguran una gloria definitiva en Viena, aunque ya sabemos como ésta se truncó a la postre. Considérese que entre febrero de 1784 y diciembre de 1786 escribió Mozart, entre otras muchas composiciones, nada menos que doce de los veintitrés conciertos para piano y orquesta que compuso en su vida.

La originalidad ahora estriba en que se sustituye el espíritu meramente concertante propio del estilo galante por la búsqueda de una dialéctica entre el instrumento solista y la orquesta, parangonable a la búsqueda de un diálogo entre el individuo y su medio social. Así, desde el mismo comienzo de la obra se advierte en la música de la orquesta una cierta ambigüedad, marcada por la inestabilidad rítmica y la indefinición tonal, que se quiebra desde que entra el piano y lo ilumina todo con esa clara determinación que nos conduce a través del enérgico desarrollo hacia una conclusión bien afirmativa. El segundo movimiento huye de la meditación dramática y se instala en un mensaje cantable de tono apacible y afectuoso, aunque no exento de frecuentes modulaciones. Este nervio modulador atañe también al Rondó final, escrito con una gran riqueza de recursos de todo tipo, domeñados por un tempo regular e imperativo de carácter enervante que redondea el mensaje de seguridad en sí mismo de que hace gala el compositor en toda esta obra.

#### PETER ILICH TCHAIKOVSKI

Serenata para cuerdas en Do mayor Op. 48

En 1880 cumple Tchaikowski cuarenta años de edad, y hace tres que la suerte ha llamado a su puerta: recibe cartas alentadoras y una buena ayuda financiera anual de su amiga protectora (desde una distancia conveniente) Nadjeshda von Meck, lo que le ha permitido pagar todas sus deudas y emanciparse como profesor del conservatorio moscovita y como crítico musical, para dedicarse de lleno a la composición. Era su sueño y su deseo. En la década de los ochenta entrará, pues, en su período más fecundo, buscando por un lado el triunfo operístico y por otro la exteriorización de sus sentimientos más hondos a través de la música instrumental.

La "Serenata para cuerdas" compartió su fecundación durante 1880 con la famosa y brillante "Obertura de 1812", obra conmemorativa ésta cuyo estreno al aire libre estuvo revestido de la gran espectacularidad que le conferían cañones reales en vez de bombo y timbales y las campanas de la iglesia en vez del campanólogo orquestal. El contraluz anímico de tales alardes es la íntima y amable "Serenata" que ahora nos ocupa, cuya primera ejecución en el otoño de aquel año tiene lugar el 21 de noviembre en el marco de los auspicios de la Sociedad Rusa de